

‘Nunca más solos’

Guillermo Corral van Damme

La brevedad de su primera independencia, el dominio nazi durante la Segunda Guerra Mundial y la posterior ocupación soviética explican la determinación de Estonia por ser parte de Occidente. Nada la moverá de allí.

EN Estonia, los veranos mueren lentamente. Hasta bien entrado septiembre, incluso si el aire se nota cada día un poco más fresco, la luz sigue siendo cálida y los atardeceres eternos. Cada tarde, una pequeña multitud se congrega en el paseo marítimo de Tallin para contemplar el espectáculo. El mar se convierte en un espejo, mientras el horizonte, a lo lejos, va tiñéndose de violeta, rosa y naranja. En momentos así, bañado en el resplandor rojizo del Sol poniente, es fácil creer que el invierno no llegará nunca. Sin embargo, en

octubre, con el cambio de hora, la ilusión se acaba de golpe. Los días se acortan a ojos vista y una espesa capa de nubes cubre el cielo. El país se adentra en la oscuridad a marchas forzadas, la época del año que aquí llaman: “las noches negras”.

En noviembre de 2021, hacía solo un par de meses que había llegado a Tallin. El otoño empezaba y en la ciudad reinaba un ambiente sombrío. El tiempo, húmedo, ventoso y desapacible, no ayudaba, pero había algo más. Un rumor creciente agitaba el mundillo diplomático de la ciudad. Un augurio funesto que escuchaba cada vez con más frecuencia en los encuentros de esos días. En un oscuro despacho del Parlamento, en la sala acristalada

Guillermo Corral van Damme es embajador de España en Estonia.



Memorial a las víctimas del comunismo, inaugurado en 2018 en Tallin. GUILLERMO CORRAL VAN DAMME

de algún ministerio, o en un restaurante de moda, la escena se repetía idéntica. Mis interlocutores me miraban a los ojos y bajaban la voz, antes de decirme, marcando cada palabra: “Habrà guerra”, “Putin va a invadir Ucrania”, “una guerra como no se ha visto desde 1945”.

Su convicción no dejaba de sorprenderme. Era cierto que habían comenzado a aparecer desde hacía algunas semanas vídeos cada vez más preocupantes: largos convoyes militares, trenes cargados de tanques atravesando Rusia, imágenes de satélite mostrando cómo crecían las concentraciones de tropas alrededor de la frontera ucraniana. Pero lo mismo había pasado en primavera, y había resultado ser una falsa alarma. En Berlín, París, y por supuesto Moscú, nadie pensaba aún que las cosas pudieran llegar tan lejos. Al fin y al cabo, Ucrania era demasiado grande, demasiado poblada, ¿qué lógica tenía desatar una guerra que tendría inevitablemente un coste insoportable para Rusia? Sí, Vladímir Putin amagaba, intentaba demostrar su fuerza, se decía, pero sin duda con el objetivo de conseguir algunas concesiones, una victoria propagandística. Una guerra a gran escala era impensable, no en el siglo XXI, no en Europa. Por eso, cada vez que salía de una de esas reuniones me asaltaban las dudas: ¿Eran los estonios unos

alarmistas o es que sabían algo que los demás ignorábamos?

La respuesta, como casi siempre, estaba en la historia. El territorio que ocupa la Estonia actual, una tierra llana, cubierta de bosques de abetos y turberas, en la orilla oriental del mar Báltico, de una extensión similar a la de Países Bajos, ha estado habitado desde hace unos 11.000 años. Aproximadamente desde hace 3.000, por una población procedente de los Urales, que hablaba una lengua fino-ugria, antecesora directa del estonio actual. Durante buena parte de su historia, los estonios vivieron bajo la dominación ajena: de vikingos, daneses, caballeros teutones, suecos y rusos. Solo en el siglo XIX tomó forma un movimiento de conciencia nacional, basado en la alfabetización y el resurgir del idioma estonio, conservado durante siglos como un código secreto, vedado a los ocupantes. La derrota rusa en la Primera Guerra Mundial y el estallido de la revolución de octubre ofrecieron la oportunidad perfecta para que los nacionalistas estonios proclamaran la independencia en 1918, consolidada después de dos años de conflicto, en 1920, en el Tratado de Tartu, por el que la Unión Soviética reconocía la soberanía del nuevo país.

La vida de la primera república estonia fue inusualmente breve. En septiembre de 1939, tras la firma

del Pacto Ribbentrop-Molotov, la URSS forzó al gobierno estonio a aceptar la entrada en el país de sus tropas. Unos meses más tarde, en junio de 1940, las fuerzas soviéticas tomaron el control completo del país, y en agosto, Estonia fue anexionada a la URSS. Se instauró un régimen autoritario que pronto desembocó en el arresto y la ejecución de buena parte de la élite política e intelectual. El 14 de junio de 1941, en una sola operación masiva dirigida por el NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, policía secreta de Joseph Stalin), 11.000 personas fueron detenidas y deportadas a Siberia.

Apenas unos días más tarde, el 22 de junio, en un giro dramático de la historia, Hitler lanzaba la Operación Barbarroja, el ataque a gran escala contra la URSS. En octubre, los alemanes habían expulsado completamente a los soviéticos de Estonia. Siguió tres años de dominio nazi, con su cuota de miseria y horror, incluyendo el asesinato de un millar de judíos estonios que no habían podido escapar a tiempo. El Ejército Rojo regresó en septiembre de 1944. Se iniciaba así una segunda ocupación soviética que iba a durar 47 años.

La ocupación soviética, especialmente hasta entrados los años sesenta, estuvo marcada por las colectivizaciones forzosas, las campañas de "rusificación", con la llegada

de miles de obreros desplazados desde otros lugares de la URSS, y sobre todo por las deportaciones masivas. En la peor de ellas, en marzo de 1949, unos 60.000 estonios, incluyendo familias enteras, fueron sacados de sus casas, amontonados en vagones de ganado y deportados en un viaje terrible hasta los campos de trabajo de Siberia. Muchos no regresaron nunca. Se calcula que entre 1941 y 1991, 75.000 personas de origen estonio fueron ejecutadas, encarceladas o deportadas, mientras que otras tantas huyeron del país.

MEMORIA DE LA OCUPACIÓN

EL trauma de la ocupación sigue muy vivo en el inconsciente colectivo del país, reflejado en novelas como *Purga*, de la escritora fino-estonia, Sofi Oksanen, o la más reciente *Burning Cities*, de Kai Aereleid, y obras tan emocionantes como el cortometraje de animación *Body Memory*, de Ülo Pikkov, en el que los deportados, representados por marionetas de lana, van desmadejándose lentamente, hasta que su recuerdo queda reducido a unas pocas hebras sobre el suelo de un vagón vacío.

Basta recorrer unos cuantos kilómetros desde el centro de Tallin a lo largo de la costa para encontrarse toda esta historia concentrada en un único lugar: Maarjamäe, la

colina de María. El visitante accede primero a dos anchos paseos peatonales, cortados abruptamente en el terreno, entre taludes cubiertos de hierba. En el punto donde se cruzan, se levanta un obelisco de 35 metros de altura, bajo el cual se abre una plaza con gradas, como un palco sobre el Báltico. La erosión y la falta de mantenimiento han resquebrajado el hormigón, que ya amenaza ruina. Es un sitio extraño, casi siempre desierto, sobre el que reina una atmósfera distópica, como un monumento funerario de una civilización perdida. Cuando fue construido, en los años setenta, pretendía honrar a los caídos por la URSS. Hoy, ni siquiera una placa recuerda su razón de ser.

Luego, al seguir su camino, el visitante pasa junto a un bosquecillo de abetos y atraviesa una pradera salpicada de abedules. No puede dejar de advertir las cruces de granito repartidas aquí y allá sobre la hierba. Algo más adelante, se alza una cruz, aunque más alta, rodeada de lápidas. En el mármol están grabados los nombres de los aproximadamente 2.300 soldados alemanes y estonios enterrados en ese lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Impresiona ver la edad a la que murieron, 20, 22 años a lo sumo, apenas unos muchachos, sacrificados en nombre de la locura que arrasó toda Europa.

Si ahora se gira, el visitante descubrirá frente a sí un jardín. Decenas de jóvenes manzanos dispuestos en terrazas delimitan un pequeño anfiteatro a cielo abierto. Al fondo, una inmensa pared negra, de unos seis metros de alto, cierra el espacio. Es el memorial a las víctimas del comunismo, inaugurado en 2018. La quietud de la naturaleza y la rotundidad del muro transmiten al visitante una profunda sensación de pérdida y nostalgia, pero también de serenidad. Sobre las placas metálicas que recubren la pared brillan miles de manchas plateadas. Desde lejos es imposible distinguir lo que son, pero al acercarse, uno comprende que se trata de un enorme enjambre de abejas, reproducidas en acero. Al igual que los manzanos aluden al retorno de la vida, las abejas representan tanto al pueblo que se mantiene unido, como a las almas de los desaparecidos. Son pues, un símbolo de renacimiento y de esperanza.

Aunque el terror de las primeras décadas de la ocupación fue cediendo con el tiempo, la esperanza no regresó a Estonia hasta el 23 de agosto de 1989. Ese día, en el 50º aniversario del pacto Ribentrop-Molotov, dos millones de personas formaron una cadena humana, uniendo las capitales bálticas: Tallin, Riga y Vilna, en nombre de la libertad. Las protestas pacíficas continuaron noche tras

noche, en lo que se conoció como “la revolución cantante”. Un año y medio después, en marzo de 1991, los partidarios de la independencia obtuvieron el 78% de los votos. La URSS, agotada por la crisis económica y las tensiones internas, no pudo sino resignarse, poco antes de desaparecer en diciembre de ese mismo año.

INDEPENDENCIA, DE NUEVO

LOS primeros años de la nueva república fueron muy difíciles. La economía sufrió una caída brusca, la inflación se disparó al 90% y los salarios perdieron casi la mitad de su valor. Además, las primeras privatizaciones se convirtieron en un terreno abonado para los oportunistas, y apareció una nueva clase de oligarcas, ávida de influencia social y política.

Afortunadamente, la liberalización y la apertura internacional no tardaron en dar sus frutos y a mediados de los años noventa la situación se había revertido. Estonia tuvo la suerte de contar con una figura providencial: el presidente Lennart Meri. Historiador, escritor y cineasta, Meri estaba obsesionado con evitar repetir el fracaso de la primera independencia. Consciente de que solo unas circunstancias históricas excepcionales habían permitido que Estonia recuperara su soberanía, buscó a toda costa la integración en

Occidente, acuñando el lema que todavía hoy guía la política exterior estonia: “Nunca más solos”.

Treinta años más tarde, su visión es una realidad. En 2004 Estonia ingresó en la Unión Europea y en la OTAN. Desde entonces, el PIB per cápita se ha multiplicado, alcanzando el nivel de España, impulsado por las ayudas europeas y un sistema fiscal ventajoso para la inversión extranjera. Al mismo tiempo que su sistema educativo es ya, según el informe PISA, el mejor de Europa.

La apuesta decidida por la digitalización, emprendida durante la presidencia de Toomas Ilves (2006-16), además de llenar las calles de Tallin de robots de reparto, ha generado un potente ecosistema de *startups* y ha convertido a Estonia en uno de los países del mundo con la mayor ratio de “unicornios”.

El éxito general no quiere decir que no pervivan desafíos importantes. El énfasis en las nuevas tecnologías y un enfoque nítidamente liberal han concentrado la prosperidad en Tallin y su área de influencia, mientras el campo se despo- blaba, creando un caldo de cultivo propicio para el auge de la extrema derecha y el populismo. En paralelo, la plena integración de los 300.000 ciudadanos ruso-hablantes sigue siendo una asignatura pendiente. Treinta años después de la independencia, muchos continúan viviendo

en una incómoda tierra de nadie, a espaldas de la sociedad estonia, ya sea por falta de voluntad, de capacidad o de oportunidades.

Todos los avances logrados desde la independencia parecieron volver a estar en el aire el 24 de febrero de 2022. No era una fecha cualquiera, ese día Estonia celebra su independencia, en una jornada cargada de festejos públicos que todo el país sigue por televisión. A esas alturas, ya casi nadie dudaba de que Putin no iba de farol.

Estonia fue uno de los primeros países en enviar armamento a Ucrania, y el mismo 23 de febrero, un alto cargo de Exteriores me había dicho que la guerra empezaría esa noche. Como tantos otros, me desperté varias veces, pendiente de las noticias. A las 6 de la mañana llegó la confirmación: la invasión había comenzado.

La celebración del día nacional comienza a la salida del sol con el izado de la bandera estonia en la torre del Parlamento. Hacía un frío espantoso, pero una multitud se apretujaba en las calles. La gravedad del momento era patente en cada rostro, en la ansiedad con la que nos preguntábamos: “¿Has visto las noticias?”. Ese día, muchos temieron que la historia estuviera a punto de repetirse, y que la destrucción que empezaba a asolar Ucrania se extendiera una vez más por todo el continente.

Desde entonces han pasado más de 450 días, Ucrania resiste y Europa se ha mantenido unida. Hoy, los estonios duermen algo más tranquilos, sabiendo que a partir de la Cumbre de Madrid (junio 2022) la OTAN ha reforzado su presencia en todo el flanco Este, incluyendo un contingente del ejército español en el país. Estonia ha acogido a más de 60.000 refugiados ucranianos, una cifra equivalente casi al 5% de su población, sin que se haya producido ningún conflicto social.

Durante todos estos meses, la primera ministra de Estonia, Kaja Kallas, ha estado en las portadas de los medios internacionales, insistiendo una y otra vez en que la agresión debe ser derrotada o se reproducirá. En sus entrevistas, Kallas, cuya madre y abuela sufrieron la deportación estalinista, suele insistir en que la guerra actual es consecuencia de que Rusia, a diferencia de Alemania, nunca se ha enfrentado abiertamente a su pasado. Según ella, solo cuando la población rusa reconozca y condene los crímenes de su propia historia, quedará desacreditada la ideología imperialista y se darán las condiciones para que Rusia pueda convertirse en una verdadera democracia y dejar de ser una amenaza para sus vecinos. Ese y no otro, es el mensaje que envía hoy Tallin. ●